

## **Jesús: Ceniza, Espiritualidad y Esperanza**

### **Mateo 6:1-6, 16-21**

**Por Dan González-Ortega**  
**Evangelista del Presbiterio**

En los Estados Unidos de América hemos iniciado, ya hace algunas semanas, un nuevo proceso de campañas políticas con miras a una sucesión presidencial y de los poderes de la unión. Empieza a hacerse una costumbre que uno de los temas recurrentes es la mirada que candidatos y partidos tienen de las personas en situación de movilidad a quien simple y llanamente llamamos “migrantes”. Hacer promesas respecto de cuáles serán las políticas públicas que se implementarán para “cerrar las fronteras”, son el anzuelo más usado hoy para intentar ganar un botín político que signifique aceptación popular-electoral.

Las personas migrantes son, pues, moneda de cambio en esta búsqueda por sacar lo malo y lo peor de la ciudadanía con el fin de alcanzar el ansiado poder. Infundir el miedo en la sociedad, con el pretexto de la seguridad nacional, sigue siendo un arma poderosa al servicio de los poderes imperiales del mundo. Lo fue en el tiempo y la cultura de Jesús y lo sigue siendo hoy en una latitud bien diferente.

Este es el contexto en el cual inicia la cuaresma en 2024. El texto Mateo 6:1-6 y 16-21 inaugura esta celebración cristiana y, como telón de fondo, tenemos el hecho de que el miércoles de ceniza coincide este año con el día de los enamorados, día del amor o día de San Valentín. Este personaje legendario, San Valentín, fue un mártir de la historia de la iglesia cristiana, se considera el santo patrón de las personas enamoradas y el 14 de febrero, su onomástico, se popularizó como fecha para celebrar el amor.

La porción bíblica que nos inspira hoy, atravesada por la “Oración del Señor” que no hace parte de la perícopa propuesta por el leccionario para meditar, es un oportuno llamado a la oración. La meditación como un medio de pacificación de los ruidos que nos rodean o que nos habitan.

Un amigo budista me decía una vez: “Creo que si todas las personas instruyéramos a nuestros hijos e hijas en la meditación [oración], lograríamos erradicar la violencia en tres generaciones.”

La verdad es que muchas personas no sabemos apreciar el valor del silencio. El silencio como parte de la nutrición de nuestras espiritualidades.

Muchas personas habitamos las culturas del sonido. Cuando nos rodea el silencio, nos sentimos con incomodidad. Como si perdiéramos el tiempo porque no se escucha nada. Oramos apresurándonos de inmediato a atropellarnos con palabras... elocuentes en lo posible, pero innecesarias en muchos casos.

En el texto de Mateo vemos a Jesús denunciando “el ruido” de la religiosidad. Esa que se ufana de dar limosnas, que grita los ayunos o que recita largas oraciones en medio de las

congregaciones. La religiosidad de los escribas, saduceos y fariseos, que en el evangelio son una oposición fundamental a la espiritualidad de Jesús, que se contenta con pequeños gestos y grandes acciones silenciosas.

Jesús hace, inclusive, un paréntesis para enseñar el valor de la oración con la calidad de decir mucho en poco tiempo. Pugnando por la justicia para quienes necesitan misericordia a través del Reino. La oración como acto comunitario de cercanía a Dios, palabra que ruega por pan, que pide por el perdón de las deudas usureras, que pide por sobreponerse a las tentaciones de la injusticia y que aboga por guardar a las personas de las acciones de los malvados.

Frente a todo esto, la gente, en vez de preocuparse por cultivar una espiritualidad de la libertad en Dios, se sumerge en una religiosidad del alarde y la vanagloria.

Jesús alerta desde el principio: “Cuídense de hacer su justicia delante de las personas sólo para ser vistos por ellos” (v. 1). La jactancia no va con el proyecto de Jesús. Este maestro no requiere de sinagogas para meditar con alardes. Necesita más del desierto para ser probado y fortalecerse en medio de la elocuencia del silencio. Por ello recomienda orar en sigilo y a puerta cerrada. Recomienda ayunar con “cara lavada” y en secreto.

Yo crecí en una familia muy protestante, y si bien mi entorno nunca fue obtuso en cuanto a las prácticas religiosas distintas, en la comunidad eclesial donde me formé nunca se celebró la cuaresma y tampoco se colocaban cenizas en la frente. Como si este tipo de celebraciones fueran “no cristianas,” a mí me resultaba casi normal abstraerme, en cierto miércoles del año, de tener la frente manchada de negro.

Con el paso del tiempo, de mi formación bíblica y teológica, de investigación y mucha lectura, he aprendido a valorar símbolos de fe que no tienen “copyright,” es decir, que no son propiedad de tal o cual expresión del cristianismo.

La cuaresma como espacio de preparación a la Semana Santa, y el miércoles de ceniza como su punto de arranque, son una oportunidad para valorar positivamente la humildad cristiana que tiene fundamento bíblico. El recogimiento como espacio de silencio y contrición es sumamente oportuno en medio del ruido de este mundo convulsionado por tantos infortunios.

La ceniza es un símbolo bíblico que nos recuerda un principio fundamental de las tres religiones abrahámicas, judaísmo, islam y cristianismo: “polvo eres y al polvo volverás” (Génesis 3:19). Además, nos conecta directamente con lo que podemos llamar una “espiritualidad bíblica del desierto,” los 40 años en el tránsito de Egipto a Israel, así como los 40 días de ayuno de Jesús antes de su ministerio.

En medio del polvo del desierto, que es lo que evoca el símbolo litúrgico de la ceniza, tanto el pueblo de Israel como el propio Jesús son obligados a preguntarse por el sentido que Dios puede dar a sus vidas. Las preguntas espirituales del desierto son: ¿Quiénes somos? ¿Qué

hacemos acá? En estas preguntas Dios cobra sentido... Dios se vuelve experiencia de vida... ¡Dios acontece! Es entonces cuando el pueblo, y cuando Jesús mismo, pueden afrontar la vida con una vocación y, sobre todo, con la esperanza de que Dios estará ahí aconteciendo.

El mundo vive hoy, en la tercera década del siglo XXI, uno de los momentos más desoladores de su historia: guerras fratricidas, feminicidios, migrantes a quienes se obliga a hacer trabajo esclavo, secuestros, crimen organizado, “estados” desorganizados y corruptos, campañas electorales que ponen a las personas migrantes como botín de guerra, y un largo etcétera.

En medio de todas esas circunstancias, que parecen ser moneda corriente, está la necesidad apremiante de encontrar paz. Lamentablemente quienes habitamos en las zonas urbanas estamos tan acostumbrados y acostumbradas al ruido que nos volvemos intolerantes al silencio. Por otro lado, los conglomerados rurales también tienen muchos sonidos ruidosos a su alrededor, provocados por el trabajo esclavo o por el hambre de comida y de justicia.

Aquí es donde el miércoles de ceniza toma sentido, sobre todo si es un llamado a la búsqueda humilde de la voz de Dios en medio de tanto ruido. La ceniza debe tornarse una oportunidad para revalorar el silencio y hacer de la oración, no un rosario de peticiones y necesidades, sino un tiempo de reflexión en el que aprendamos a escuchar la voz de Dios.

Tal vez esta oportunidad de ir a que nos pongan ceniza en la frente, no sea el momento para pintarnos una cruz solamente, pues nuestro compromiso de tomar la cruz cada día (Lucas 9:23) no tiene que ver con anunciar al mundo que somos muy religiosos, pues eso es exactamente lo que Jesús denuncia en Mateo. Tal vez podríamos pintarnos de ceniza las letras “DACA”.

Ahora bien, sea que decidamos ir a algún templo a que nos coloquen una cruz de ceniza en la frente o queelijamos no hacerlo, hagámoslo con el compromiso de seguir el camino fiel de la cruz de Cristo, como gracia redentora de Dios, para recordarles al mundo y a nuestro pueblo que aguardamos con esperanza, no en las autoridades corruptas, ni en los políticos que solo vienen a buscar votos, sino en el “Dios de paz, que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo” (Hebreos 13:20) la justicia y la paz con dignidad para nuestros pueblos.

El personaje legendario identificado como “San Valentín” fue, según la tradición, un médico romano que se hizo sacerdote y que casaba a otros soldados romanos, a pesar de que había sido prohibido por el emperador Claudio “El Gótico”. Este emperador consideraba el matrimonio incompatible con la carrera de las armas. San Valentín “se pintó su propia cruz” con ceniza de martirio al desobedecer el autoritarismo imperial por razones de conciencia y solidaridad,

Que la cuaresma (40 días) que se inicia hoy, miércoles de ceniza, sea una invitación a orar y ayunar por nuestro mundo, el cual necesita que Dios acontezca en él.